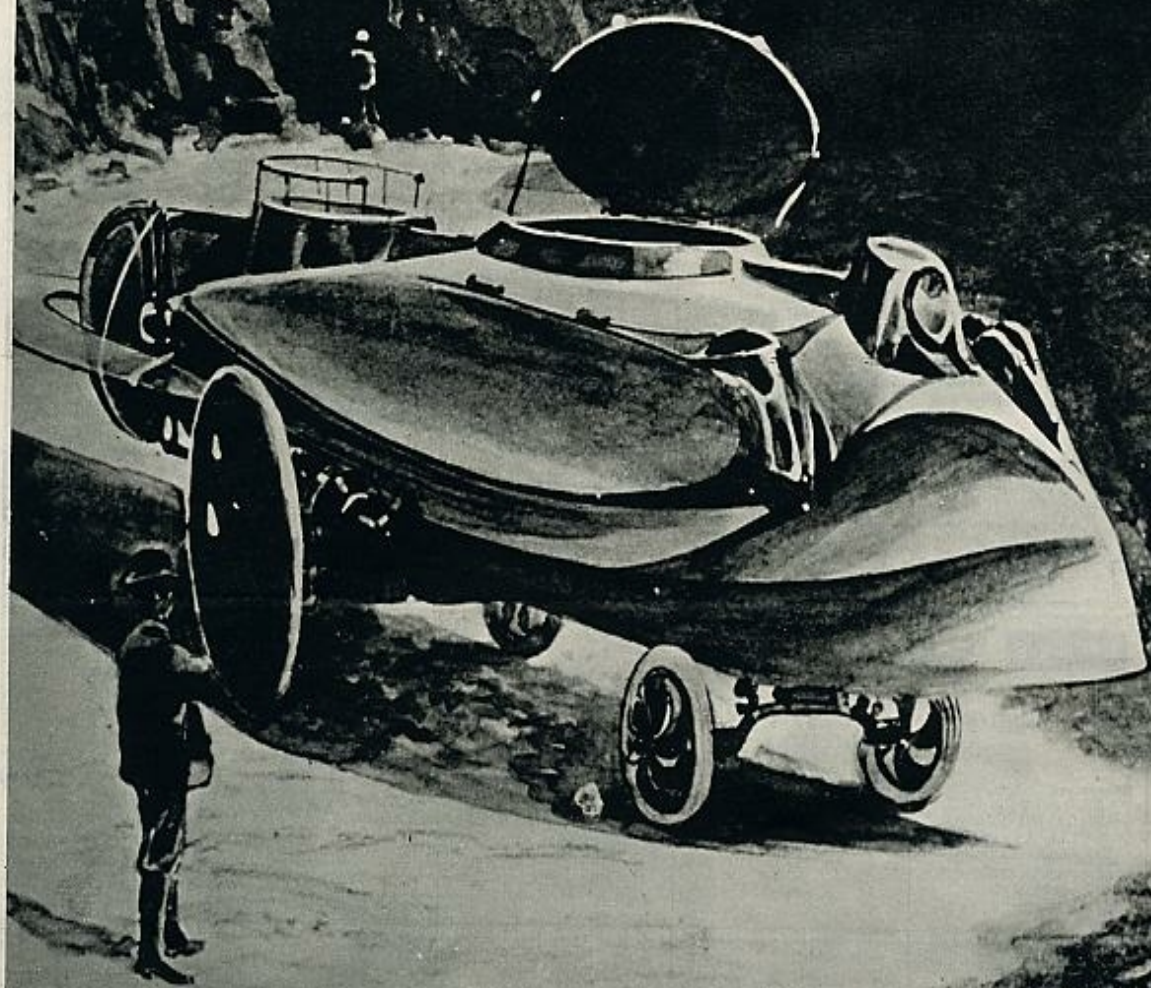


# JULIO VERNE

EL GRAN PRECURSOR  
DE LA ERA ESPACIAL

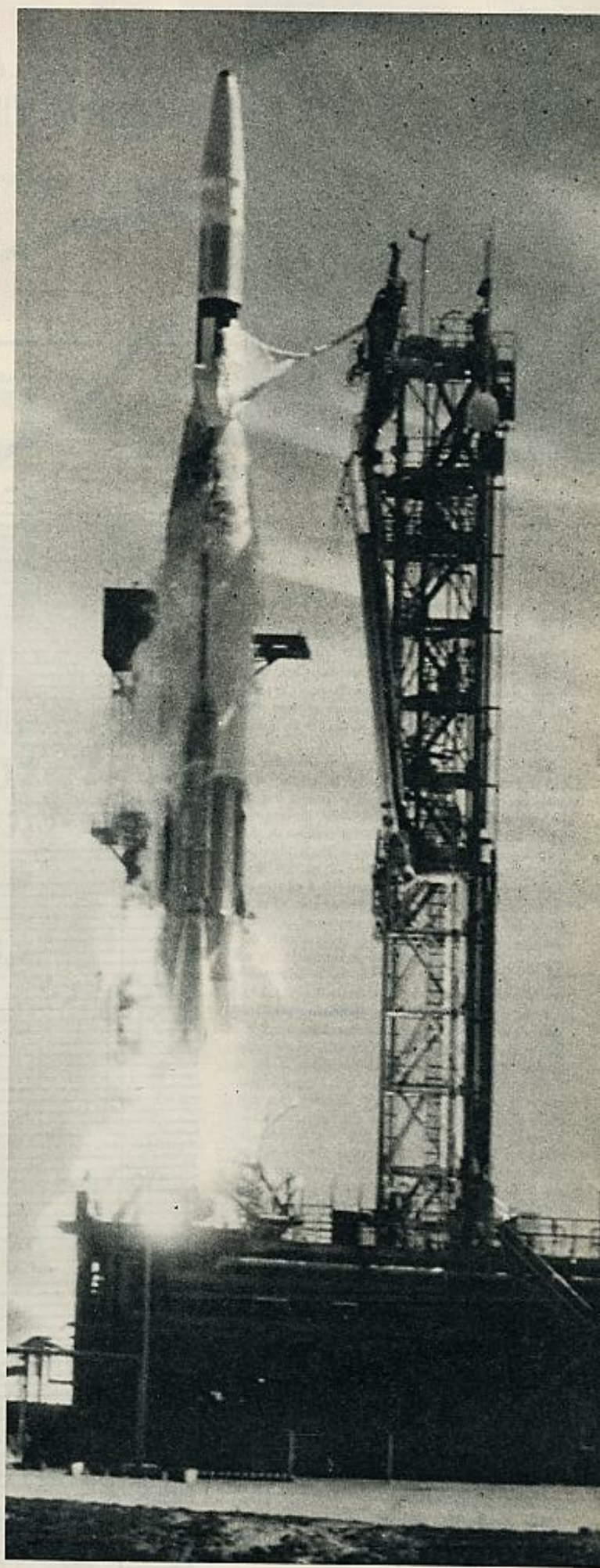
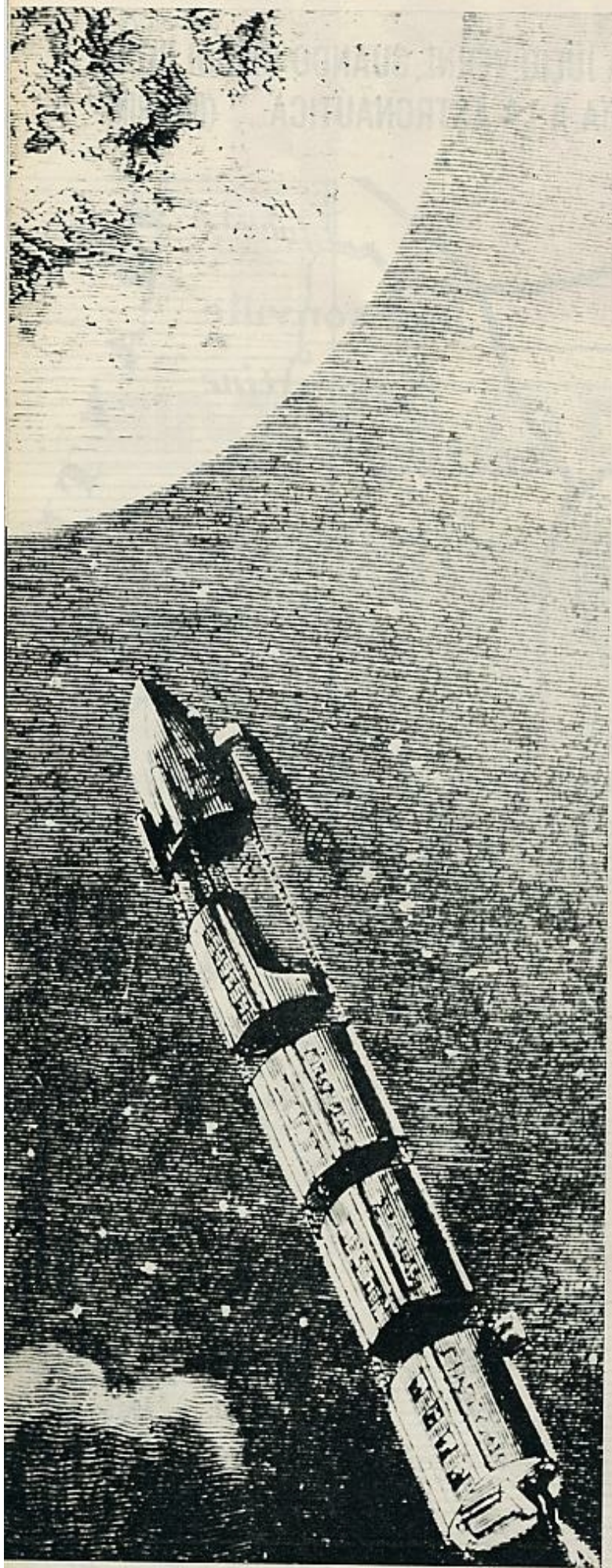






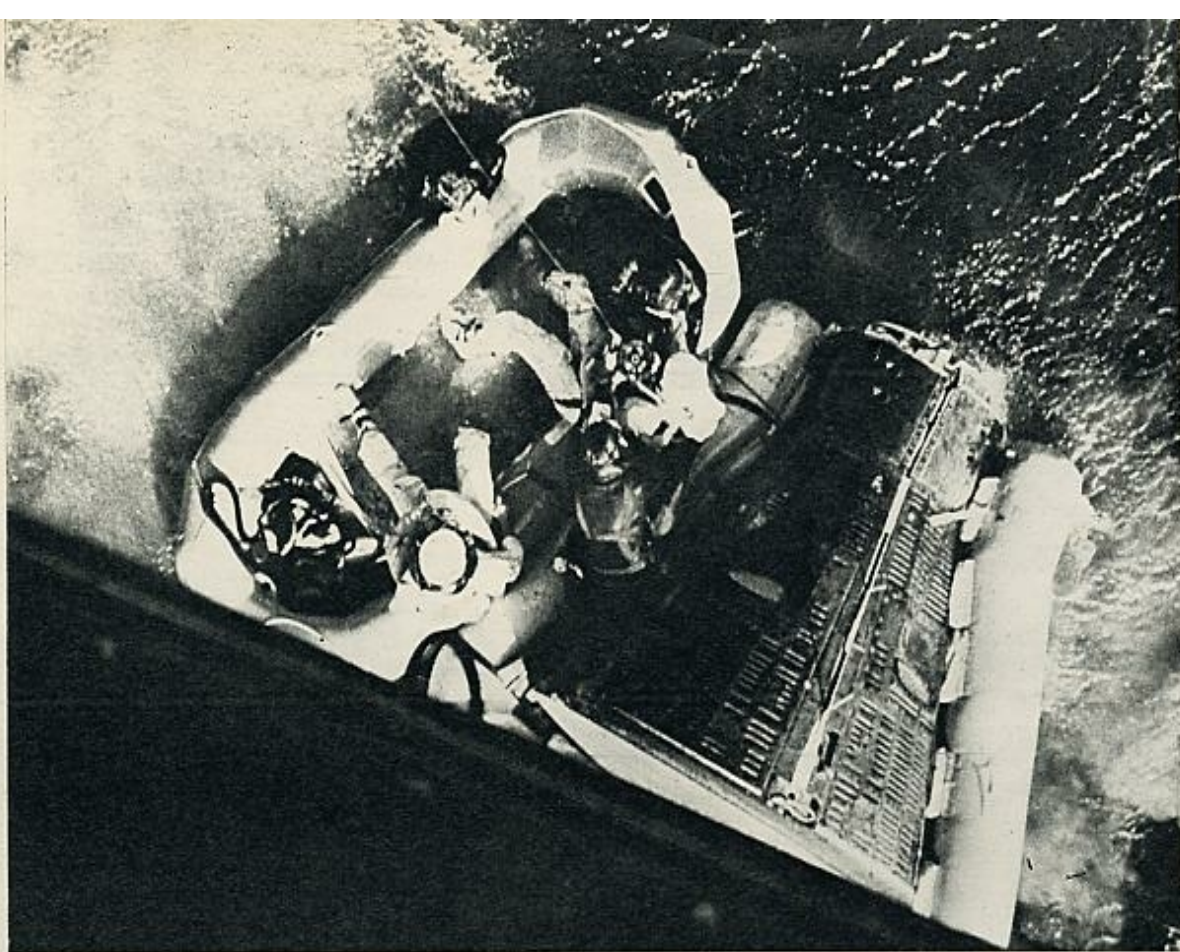


El cohete de Verne llega a la Luna. A la derecha, el Ranger 8 con el mismo destino. «Todo aquello que un hombre es capaz de imaginar, otros hombres serán capaces de realizarlo... Llegará un momento en que las creaciones de la ciencia superarán a las de la fantasía», escribió Verne. En muchos casos llevaba razón.





# JULIO VERNE



Verne imaginó la recuperación de su cohete al regreso de la Luna de una forma muy semejante a como luego se ha hecho para la recuperación de las cápsulas con astronautas. Abajo, versión Verne. Izquierda, versión USA.

las manos. Firma con Verne un contrato por veinte años, a razón de dos libros anuales y veinte mil francos.

Claro está que Verne no se limitó a recoger solamente cosas que ya estaban hechas en su tiempo, sino que fue más lejos. «Todo aquello que un hombre es capaz de imaginar, otros hombres serán capaces de realizarlo. Todo aquello que inventó, todo aquello que imaginó, quedará siempre por bajo de la verdad, porque llegará un momento en que las creaciones de la ciencia superarán a las de la fantasía», así era la fe de Verne, una fe decimonónica en el progreso continuo, pero que tenía también su contrapartida. Más que una fe en el hombre era una fe en la ciencia. Muchos de sus personajes viven en una especie de ghetto. El capitán Nemo va unido al Nautilus como el caracol a la concha. La tripulación del submarino también ha rechazado a la sociedad. La relación del Nautilus con el mundo es agresiva: hundir barcos de guerra para suprimir la guerra en el mundo, llevados de un idealismo pacifista.

Cuando Michel Ardan sobrevuela el monte Tycho en su viaje a la Luna, exclama: «Cómo vivirían allí, tranquilos y solos, todos esos misántropos, todos esos aborrecedores de la Humanidad, todos los que sienten asco por la vida social». Y su compañero Barbicane es más pesimista aún: «¿Todos? Sería demasiado pequeño para ellos».

Tampoco en «La vuelta al mundo en ochenta días» Phileas Fogg y Picaporte salen bien librados en su trato con la sociedad. El policía que los persigue está a punto de hacer fracasar el viaje.

\* \* \*

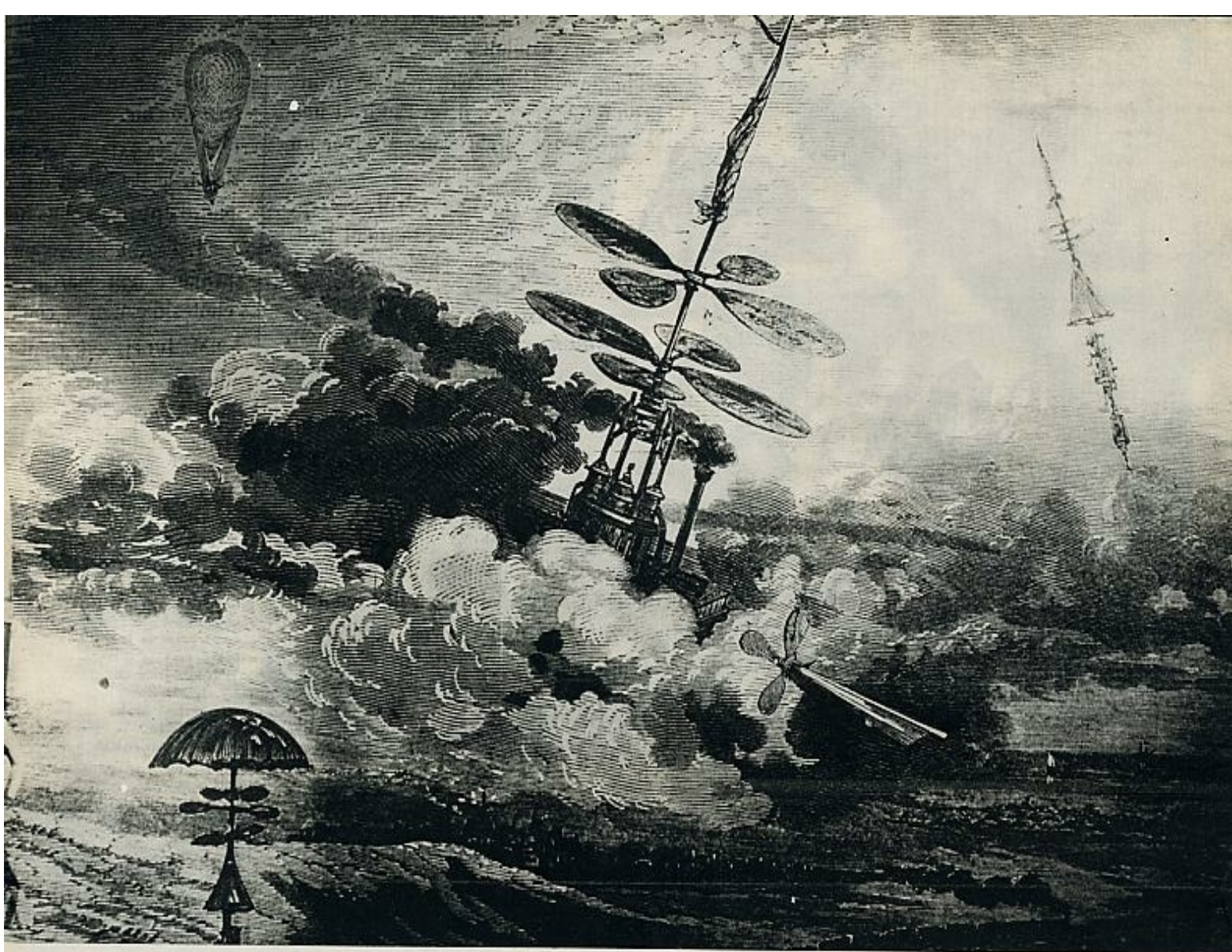
El tiempo ha justificado las predicciones de Verne. El idioma que hablan los tripulantes del Nautilus —una mezcla de todas las lenguas— es anterior a la creación del volapuk y del esperanto. Los buzos con escafandra, el electroimán que anuncia el motor eléctrico, la campana submarina que antecede al batiscavo del doctor Picard, el propio Nautilus, la pesca submarina, el aprovechamiento de la energía marítima, etcétera, presentes en el mundo obsesionado del capitán Nemo son ahora realidades. Y esto es sólo una parte casi insignificante comparada con el total de sus previsiones. El transatlántico de «Una ciudad flotante»; el automóvil; el rascacielos; el cohete espacial cuya base de lanzamiento sitúa, precisamente, a no mucha distancia de Cabo Kennedy y en el mismo paralelo, y que se recoge en el mar de una forma parecida a cómo se recuperan los «Geminis».

Cuando, en 1891, lee en la Academia de Amiens «La jornada de un periodista en

**SIGUE**







Aunque más  
aparatoso que los  
modernos Sikorsky,  
estas máquinas  
volantes de Verne no  
están muy alejadas  
de los helicópteros y  
autogiros actuales.  
El «Epouvante»  
de Robur el  
Conquistador era a la  
vez terrestre,  
marítimo y aéreo,  
mezcla de insecto y  
pez, cuyas alas  
plisadas salían  
bajo una especie de  
élitros metálicos.  
Robur murió  
a manos  
de su propio invento,  
hecho precisamente  
para vengarse  
de la Humanidad  
que desconfiaba de  
su ciencia.

2889» habla de la televisión —también en el «Maitre du Monde», el cantante Stella se apareció a Frauz como si por un milagro hubiera revivido sobre una superficie que recibía una fuerte luz—, la fotografía en color, las máquinas de calcular y registradoras, del fonotélefono... El periodista vive en un edificio de trescientos metros —un Empire State— y viaja en el aerocar, especie de avión de transporte. La misma obra ofrece un sistema de aprovechamiento de las mareas semejante al que ahora se empieza a explotar en la fábrica «maremotriz» francesa de la Rance. En «Los quinientos millones de la Begun» —donde Verne presenta la lucha entre el Bien y el Mal dentro de los amplios e inconcretos simbolismos a que era tan adicto—, dos hombres que no se conocen, un francés y un alemán, edifican en USA dos grandes ciudades: Franceville y Stahlstadt (ciudad del acero). La primera, obra del doctor Sarrazin, adivina las concepciones posteriores de Le Corbusier; la segunda, la ciudad cerrada y policíaca de Herr Schultze, prefigura los campos de concentración nazis. Stahlstadt morirá después del abandono de los obreros que trabajan en ella. Pero años más tarde, en otra novela, «La asombrosa aventura de la expedición Barsaco», Verne muestra otra ciudad —Blackland, ciudad del crimen— que acabará en una «noche de sangre», donde perecerán a la vez esclavos y tiranos. Parece que por entonces vacila la fe de Verne en la ciencia; al menos llega a un temor por el uso que pueda hacerse de ella. Algún comentarista ha señalado aquí también una actitud precursora: Verne se adelanta a científicos de nuestra época como Einstein o Rostand y siente angustia por el destino de los inventos. Su fe positivista se resquebraja. Robur el Conquistador morirá a manos de su propia creación. Robur será un Prometeo que se subleva contra los hombres que no creen en el Albatros —máquina volante que es, a la vez, avión autogiro y helicóptero— y que, despechado, fabrica el Epouvante, un vehículo todo terreno capaz de andar por tierra, mar y aire.





## JULIO VERNE

El *Epouvante* recuerda a un escarabajo que abre sus duros élitros a la hora del vuelo...

Pero todos estos problemas de Verne quedaron yacentes ocultos bajo el aluvión de la fantasía. «Ese prodigioso poder de hacer soñar que fue patrimonio de su genio erudito e ingenuos», como señala Butor, es lo que ha sobresalido por encima de todo. Antes que sus problemáticos parentescos con Einstein o las familiaridades con Eluard, está el «Verne lo había previsto que sus apologistas pronuncian a cada nuevo invento, y el espolique que su obra supuso para muchos hombres. Por eso —a pesar de que en vida le dieron la Legión de Honor y que, después de muerto, le alzaron un monumento— se le ha seguido leyendo, aunque con alternativas, y todavía hoy el cine ha recogido su herencia, una herencia a beneficio de inventario.

Fotos A. NOGUES-PRERA

En «Amo del mundo», el protagonista habla a su amada, que aparece sobre una superficie de cristal. Abajo, la señora Johnson inaugura el fonoteléfono de la compañía Bell. Casi un siglo de uno a otro.

